



«Gracias a que existe la Unión Europea esta crisis económica brutal no nos ha llevado a una guerra»



Independencia. La catedrática salmantina lamenta el temor que los políticos tienen a los expertos independientes, con los que no han contado para buscar soluciones a la situación

«El Gobierno español se está cargando a las clases medias con sus medidas. Y son las que dan estabilidad y paz social»

—Europa está sumida en una profunda crisis. Pero, además, da la sensación de que también la idea de Europa, el gran proyecto transnacional europeo, hace aguas.

—Es cierto que hace aguas, pero puede tener arreglo. ¿Cuál puede ser la causa? Probablemente la falta de un liderazgo claro es una de las causas de la crisis. La locomotora francoalemana, que habitualmente ha sido la vanguardia de la Unión, ha fracasado, porque no tiene grandes líderes. No lo era Sarkozy, y no lo es Hollande, en Francia; y en el caso de Alemania, solo destaca Merkel, pero no ejerce de líder.

—Quizás el problema radica en que desde la unificación la hegemonía alemana es tan aplastante que no hay contrapesos.

—No, porque la unificación se produce en 1993 y en los años noventa Alemania jugó un papel impecable de líder, con mucho cuidado, preocupándose de no imponer, sino de mandar con otros. Había ideas claras de lo que debía ser el proyecto europeo. Había algo que hacer y Alemania contribuyó de forma extraordinaria. Alemania se europeizó y no germanizó Europa...

—Que es justo lo contrario de lo que está pasando ahora.

—Ahora tampoco es que esté germanizando Europa. Es que ni tan siquiera ejerce sus responsabilidades. Tampoco manda tanto; el problema es que no tiene ideas, solo envía instrucciones, y dice 'no' a casi todo. Y luego existe otro problema importante que tiene que ver con el liderazgo. La Comisión Europea, que tradicionalmente ha sido el gran motor de la Unión Europea, está desaparecida en combate. Quienes mandan ahora son los Estados: hay una fortísima intergubernamentalización, una fortísima renacionalización de Europa. Y es peligroso.

Y luego, además, la Comisión Europea tampoco ejerce su otra competencia, que es la del control del cumplimiento. Buena parte de la crisis posiblemente nos la hubiéramos ahorrado si a Francia y a Alemania se les hubiera condenado en 2004 y 2005, cuando incurrieron en déficits excesivos. Eso mismo

que luego se ha imputado a Irlanda, a España, a Portugal... Ellos fueron los primeros en incumplir, pero eran intocables.

—Lo que está describiendo revela unas contradicciones graves. Estamos en un proyecto supranacional en el que retornan los sentimientos nacionales, pero en el que, al mismo tiempo, las naciones no tienen armas para intervenir.

«Merkel no manda tanto. El problema es que no tiene ideas, solo envía instrucciones y dice 'no' a casi todo»

—En realidad, las naciones no tienen tan pocas armas. Y esa tensión dialéctica entre lo nacional y lo supranacional ha existido antes y no ha sido mala. A fin de cuentas los intereses europeos hay que definirlos entre todos, no van a ser los de Costa de Marfil los que los decidan. Tiene que haber una dialéctica entre los Estados y las instituciones para buscar ese punto medio que permite ir avanzando en un terreno bueno para el común, pero que no suponga arrasar los intereses nacionales. Y que hasta hace no tanto se había logrado.

Lo que pasa es que en los últimos años todo el mundo piensa solo en sí mismo. Vivimos una etapa muy difícil, quizás porque la crisis es muy fuerte y llevábamos generaciones sin padecer algo parecido.

Con todo, hay que decir que gracias a que existen la Unión Europea, con todos sus de-



que padecemos. :: GABRIEL VILLAMIL

fectos, y otras organizaciones internacionales, esta crisis económica brutal no nos ha llevado a una guerra, que es la forma como se resolvían en el pasado estas situaciones. Los 60 millones de parados que había en 1938 se solucionaron con la Segunda Guerra Mundial, que luego conllevó la necesidad de una reconstrucción y una gran efervescencia económica. En el pasado se resolvían las crisis con una crueldad tremenda. Ahora, al menos, vamos aguantando, negociando, pasteleando... pero hemos evitado que esto acabe en guerra.

—La tan denostada Europa de los mercados parece más pacífica que la de los militares.

—Está muy claro. La bandera de Europa es una bandera por la que no hay que morir. Hay que luchar dialécticamente, negociar mucho, hablar mucho... pero es el asidero más importante que tenemos. Tenemos

que fortalecer Europa. No podemos hundir Europa.

—Quizás la crisis ha puesto en cuestión la idea de solidaridad. Cuando aprieta el zapato dejamos de pensar en los demás, y solo nos preocupan nuestros problemas.

—Pero Alemania hasta ahora había sido muy solidaria. En la década de los noventa tuvo que afrontar unos costes tremendos derivados de su reunificación nacional y nunca dejó por eso de ayudarnos a españoles, irlandeses o griegos. De hecho, los fondos de cohesión se crean en 1992, cuando ya había caído el Muro de Berlín, y esos fondos son los que permitieron a España estar en el euro. Alemania fue muy generosa, y ha sido muy solidaria.

Eso se ha perdido en los últimos cinco o seis años, en los que solo miran para sí mismos. Quizás porque les ha ocurrido a nivel interno algo parecido a lo que nos ha pasado a nosotros con la Transición. La señora Merkel pertenece a una generación que no vivió la Segunda Guerra Mundial, y que no quiere saber nada de lo que ocurrió antes.

—¿Hemos perdido el rumbo?

—En cierta medida la crisis del Tratado constitucional creó un divorcio entre la opinión pública y los Estados. Y luego la gran ampliación de los años 2004 y 2007, que supuso la incorporación de doce Estados, fue una ampliación poco asimilada y que ha creado una enorme heterogeneidad en la UE. Muchos de estos nuevos miembros están más próximos a Estados Unidos que a la Unión, y refuerzan al grupo de Estados poco europeístas que integran el Reino Unido, Suecia y Dinamarca. Por tanto, ese foco, que es una especie de Caballo de Troya dentro de la Unión, se ha reforzado extraordinariamente.

—¿Ha habido demasiada manga ancha?

—Muchísima manga ancha. Hay países que no reunían técnicamente los requisitos establecidos en el Tratado para la integración y se miró para otro lado. Y eso es muy grave.

—¿Cómo entenderlo? Si además la mayoría de estos nuevos socios son países llamados a ser beneficiarios de solidaridad.

—Sí, pero en el diseño global a futuro del siglo XXI esos países nos daban una cierta fortaleza ante el mundo. Hay que tener en cuenta que cerca del 60% del comercio lo hacemos entre nosotros. Una Unión Europea de 27 Estados, o de 30, nos hará muy fuertes en la globalización, si esos Estados caminan en la misma dirección. Pero si empiezan ya a tener tendencias centrífugas... Si les hemos pedido que vengan para fortalecerlos y resulta que vienen para debilitarnos... Pero la Unión es generosa. Sabía que iba a costar mucho la ampliación hacia el Este, pero nunca le tuvo miedo. Europa ha sido muy solidaria.

—Economistas como Avelino García Villarejo creen que la crisis española está relacionada con la integración monetaria. A su juicio, España y otros países no cumplían los requisitos.

—El problema es que el diseño del euro se basó en criterios formales.

UN MUNDO QUE AGONIZA

Conversaciones para tiempos de cambio



VIDAL ARRANZ

Araceli Mangas

Esta salmantina es una de las internacionales más destacadas

de Europa, y desde hace dos semanas la segunda mujer que ingresa en la Real Academia Española de Ciencias Morales y Políticas, tras Adela Cortina. Licenciada en Derecho, Araceli Mangas ocupó durante 25 años la Cátedra de Internacional de la Universidad de Salamanca, que fundara su paisano Francisco de Vitoria, y desde hace dos años ocupa el puesto equivalente en la Complutense. En 1992 fue elegida Mujer Europea del Año en España, pero quizás el aspecto de su extenso currículo que más claramente habla de su prestigio profesional fue su elección en 1996 como miembro del Comité de Sabios, formado por siete personalidades, para asesorar a la Comisión Europea sobre la reforma del Tratado de Maastricht. De convicciones firmes, claridad expositiva, y valentía en sus juicios, Araceli Mangas habla siempre con libertad y no se casa con nadie.

Los economistas no veían claro el euro. Fue una decisión política de los Estados diseñada por juristas. Eso permitió que la mayoría de los países acabaran cumpliendo los requisitos formales y que países como España lo hicieran incluso antes que otros, cuando lo normal hubiera sido que fuéramos los últimos.

Pero los criterios de convergencia real eran otra cosa y lo cierto es que había enormes asimetrías entre unos países y otros, e incluso entre zonas de un mismo país, como Alemania. Y cuando una misma moneda responde a una economía tan diversa termina siendo artificial. Sigue siendo una moneda fuerte, pero con muchas tensiones internas, porque se apoya en economías muy distintas.

—Según Jane Kramer, «la idea de Europa ha ido avanzando sólo en la medida en la que nadie sufriera o creyera sufrir a causa de ella». Pero esto ahora ya no está tan claro. Europa está empezando a ser vista como una carga y un problema.

—Si hubiéramos estado fuera de la Unión Europea probablemente hubiéramos tenido a nuestro alcance la adopción de otras medidas, fundamentalmente monetarias, como la devaluación de la moneda. Pero también es cierto que no hubiéramos tenido el nivel económico que teníamos de partida. La crisis nos ha pillado con un Estado muy desarrollado y la ayuda de la UE ha sido vital para nosotros. Esta crisis, fuera de la Unión, hubiera sido tremenda. De hecho, ahora mismo lo que da miedo es que cualquiera se pueda quedar descolgado.

Porque la UE tiene rigideces, pero fuera, solos, no tenemos ningún porvenir. Pero no solo nosotros. Tampoco Alemania o el Reino Unido. En el medio-largo plazo ningún Estado europeo tiene opciones en este mundo del siglo XXI. La única que puede seguir en el G8 (los ocho más grandes del mundo) en los años 2030 o 2040 es la Unión Europea unida. Por tanto, España fuera de la UE terminaría convirtiéndose en un mediocre y desconocido país. Es más, permítame decirle que España se hunde como Estado si no está en la Unión Europea.

—La actuación de la UE con los depósitos bancarios de Chipre ha dejado mucho que desear. Primero, por incoherencia, y luego por vacilación y falta de rumbo claro.

—El presidente del Eurogrupo tomó una decisión que debía saber que suponía una violación de normas en vigor, como la garantía mínima para los depósitos de menos de 100.000 euros. Se podrá opinar si esa norma es adecuada o no, pero estaba en vigor. Así que se saltaron una norma vigente y que afectaba, además, a las clases más castigadas por la crisis. El viraje ha sido correcto, aunque la imagen que se ha dejado ha sido terrible.

Lo que se desprende de esa decisión es que la Unión Europea no va a volver a recapitalizar los bancos, como si hizo en 2008, con una serie de ayudas públicas, prohibidas hasta ese momento pero que se autorizaron entonces. El problema es que España no recurrió a ellas por-

«En los últimos años todo el mundo en Europa piensa solo en sí mismo. Es una etapa muy difícil»

«Esta crisis fuera de la Unión Europea hubiera sido aún más terrible. Solos no tenemos porvenir»

«Los políticos de la Transición eran la excelencia de la sociedad. Desde hace bastantes años, sin embargo, impera la mediocridad»

que ocultó el problema de la banca, que es un problema gravísimo, y uno de los muchos debes de la etapa de Zapatero. Pero en Alemania, en Francia, en el Reino Unido se recapitalizaron bancos. El mensaje que lanza ahora la Unión Europea es que eso no se va a repetir, que en realidad es algo que pedía la gente de la calle. A partir de ahora serán los que han depositado su confianza en las instituciones financieras los que tendrán que asumir la responsabilidad de dónde meten sus dineros.

—Tampoco da la sensación de que los 'rescates' sean eficaces. Grecia y Portugal no levantan cabeza. Y es paradójico que los países les teman más que los deseen.

—En el fondo un rescate significa que estás hundido y que, para no declararte en quiebra internacionalmente, que es mucho más grave para la población, la Unión está dispuesta a financiarte hasta que salgas adelante. Pero a cambio de unas condiciones que podríamos considerar «cláusulas abusivas», sobre todo porque terminan asfixiando la economía.

Lo que me parece grave es que en Portugal, en España también, y en Grecia, los gobiernos nacionales —no la Unión Europea, que impone objetivos, pero no dice cómo alcanzarlos— se están cargando a las clases medias con las medidas que han decidido tomar. Y las clases medias son la estabilidad de toda sociedad y las que aportan el progreso y garantizan la paz.

—Y ¿qué tendría que haber hecho?

—Las medidas del Gobierno se han concentrado en los funcionarios y en los empleados porque son las más fáciles de adoptar. Pero luego hay una serie de autónomos de cuello blanco, de grandes profesionales liberales, y de empresas, que tienen una gran cantidad de mecanismos dentro de la propia legislación para escaquearse de pagar impuestos.

Esas sociedades ficticias entre matrimonios, que Hacien-



«Si en 2008 el Gobierno hubiera acometido reformas importantes en el sistema bancario no estaríamos padeciendo tanto»

➤ da permite, suponen que ya no pagan el Impuesto de Personas Físicas, sino el de Sociedades, y se les aplica un tope máximo de un 30%. Como además pueden desgravar muchos gastos, la media se queda en un 13%. Los ricos en España, tanto las clases desahogadas como los ricos y los muy ricos, no pagan más del 12%-13% de impuestos. Como ocurre con las empresas. Es una cuestión de voluntad política. La Unión Europea no dice que haya que pagar por los libros o la cultura el 21%. Eso es un error tremendo.

—También ocurre que nos está tocando tomar decisiones deprisa y corriendo, y cuando eso ocurre lo más fácil es acudir a la llave de paso... —Es verdad que las urgencias de la crisis exigen tomar medidas con demasiada rapidez, pero también creo que los gobiernos se han basado en sus propias estructuras y no han acudido a la sociedad, donde hay gente muy inteligente y muy preparada. No se ha acudido a los grandes economistas, los grandes fiscalistas, a los grandes expertos, y se han dado muchos bandazos.

Se ha actuado de un modo muy diferente a como se hizo en la Transición, que coincidió también con una tremenda crisis económica. Entonces había un gran vicepresidente económico, Enrique Fuentes Quintana, que ya de por sí era una gran inteligencia, pero que no se bastó a sí mismo y quiso buscar a los mejores. Ahora no hay nadie en este Gobierno, ni en el anterior, ni en mucho tiempo, de la talla de los políticos de entonces. Que no solo eran grandes políticos, sino también personalidades excepcionales, la excelencia de la sociedad. Desde hace ya bastantes años, sin embargo, lo que impera es la mediocridad más absoluta.

—¿Y cómo hemos llegado hasta aquí?

—Es muy difícil saberlo, pero creo que es un efecto de la partitocracia. Los dos grandes partidos (y lo mismo se reproduce en Cataluña o el País Vasco) solo se han alimentado a sí mismos y se han nutrido de sí mismos. No han salido al exterior. Y han hecho de esas dos estructuras algo parecido a lo que era el Movimiento Nacional. Y tratando de copar todo en la sociedad, anulando a todo el mundo, han anulado a las grandes inteligencias del país, con las que no han contado.

—Es difícil ser librepensador en España; existe un alto grado de sectarismo en nuestra sociedad.

—Tiene mucha relación con lo anterior. Los partidos no confían en la sociedad. Tienen mucho miedo de perder poder. En Espa-



Europeísta. Firme defensora de la Unión, considera imprescindible fortalecer Europa. :: G. VILLAMIL.

«El Tribunal Constitucional no ha sido contrapeso de nada. A veces ha creado más problemas que ha resuelto»

—Usted ha escrito en varias ocasiones sobre el proyecto independentista catalán y no ha ocultado su insatisfacción por el modo como el Gobierno español afronta el problema.

—Este es un problema que exige diálogo. La reacción inicial del Gobierno, en septiembre, no queriendo hablar del tema, me pareció un error tremendo. Te digan lo que te digan, tienes que seguir hablando con ellos. Y poner de manifiesto, con estudios técnicos precisos, si Cataluña está bien o mal tratada.

Eso es lo que ha hecho el Reino Unido, que tiene un problema similar con Escocia. Ha recurrido a expertos para elaborar unos análisis exhaustivos de cuál es la situación económica, fiscal, educativa y comercial de Escocia. Y los resultados han puesto de manifiesto que está muy bien donde está, y que no hay ningún motivo para el victimismo. Aquí no se han hecho análisis independientes sobre la relación entre Cataluña y el resto de España.

Pero, sobre todo, hay que afrontar el problema con valentía política, hablar mucho entre los dos gobiernos y nunca consentir que se

adopten medidas unilaterales.

—Los separatistas están ganando la batalla de la opinión pública. Al menos de la suya, de la interna.

—Tenemos que tratarlo bien internamente. Pero también es muy importante cómo se perciba desde el exterior: que Europa y el mundo vean que abordamos bien el problema. En el caso de Escocia, el Reino Unido es el que ha ganado la batalla de la opinión pública interna e internacional. Mientras que en el nuestro es problemático que se vea a Cataluña como víctima, pero es porque la hemos victimizado nosotros.

Si escondemos la cabeza y nos empeñamos en mantener la actual situación porque sí, perdemos la batalla internacional. Y es vital esta batalla, y la está ganando Cataluña.

Es verdad que han tenido fracasos tremendos, porque en muchos sitios se les ha rechazado, y no han logrado que les reciban los principales líderes de Bruselas o los grandes embajadores. Pero, cuidado, que esa responsabilidad del mundo hacia España la podemos perder si no tratamos bien el problema. En los medios de comunicación estamos perdiendo apoyo, pero hay que in-

tentar, al menos, que Cataluña no encuentre eco en las cancillerías.

—Tampoco estamos sabiendo desmontar sus engaños.

—Hay mucha mentira. Puede haber una pequeña parte de verdad y esa es la que tenemos que conocer, para corregirla. Pero hay que desmontar muchos mitos. Porque pueden acabar vendiéndose fuera y retornarnos como un bumerán. Y hoy la presión internacional es muy fuerte. En materia de secesiones es claro que tienes que contar con el apoyo exterior, porque si les reconocemos, estamos perdidos.

«La independencia deja a Cataluña fuera de la Unión Europea y de las instituciones internacionales de forma automática. Deberían empezar desde cero»

UN MUNDO QUE AGONIZA

Conversaciones para tiempos de cambio

Araceli Mangas

Pero también hay que explicar que la independencia dejaría a Cataluña automáticamente fuera de la Unión Europea y de todas las instituciones y organizaciones internacionales en las que está España. Debería empezar desde cero, llamando a la puerta de cada una de ellas.

—El Estado de las autonomías está sometido a intensa discusión. Pero sus insuficiencias ¿deben atribuirse al modelo, o al modo como ha sido desarrollado por los gobiernos regionales, y consentido por el Gobierno central?

—No soy una especialista, pero me parece que el diseño de la Constitución no es malo, aunque puede mejorarse. El problema no está tanto ahí como en la interpretación que ha dado el Tribunal Constitucional, que ha sido aciaga.

—¿Porque ha estado al servicio de intereses políticos?

—Efectivamente. Y de templan gaitas absurdas, que luego no han servido para nada. Los grandes partidos se han apoderado de las instituciones del país y no han funcionado los contrapesos. El Tribunal Constitucional no ha sido contrapeso de nada, ni ha sido un intérprete fiel y objetivo de la Constitución. No lo ha sido. A veces ha creado más problemas que ha solucionado.

Luego los grandes partidos han querido copiar al Estado en las autonomías y han hecho, de facto, 17 Estados en nuestro país. Hay que clarificar los papeles de unos y otros.

—Y ¿qué hacemos con las diputaciones? ¿Es partidaria de suprimirlas?

—Clarísimamente. Tuvieron sentido en otro momento; ahora no. El papel que juegan es el que deben jugar las comunidades autónomas a través de las delegaciones territoriales. No son necesarias. El PP no está teniendo el coraje de acabar con este sistema y hacer una reforma profunda de la administración.

La que hizo Javier de Burgos en el siglo XIX fue revolucionaria y ha servido durante casi dos siglos, pero hoy ya no tiene sentido. La provincia sí, pero no la diputación. La provincia es una forma de demarcación de la comunidad autónoma.

Y lo mismo con los ayuntamientos. Hay que reducir su número drásticamente. Que haya tantos como hay es insostenible y es carísimo.



➤ ña los partidos son instrumentos para sí mismos, para perpetuarse a sí mismos, y, en buena medida, también para enriquecerse. Pero incluso en aquellos casos en que piensan en el interés público, es un interés público matizado por lo que les interesa a ellos, lo que les permite permanecer, mantenerse y tratar de proyectarse al futuro. No han reconocido el valor de la sociedad y no han querido contar con ella. Solo cuentan con ella de una manera formal, una vez cada cuatro años, en las urnas.

Pero, además, hay instrumentos del poder que han llegado a crear una dependencia del electorado. Hay un voto cautivo clarísimo de mucha gente en España que está anestesiada. Millones de español-

«Los partidos no confían en la sociedad. No reconocen su valor y no cuentan con ella»

«La Historia no terminó con la Transición. Después de aquello todavía hay que hacer muchas cosas»

les de un lado y de otro que están anestesiados.

–Falta democracia interna en los partidos.

–Los partidos dependen tanto del líder que no son capaces de leerle la cartilla, algo que en el Reino Unido, por ejemplo, le ocurrió a la mismísima señora Thatcher. Thatcher no fue derrotada en unas elecciones: fue su propio partido el que le dijo que tenía que dimitir, al detectar un declive electoral importante. Lo mismo le pasó a Tony Blair. En España no ocurre esto; hay un personalismo tremendo en torno al González, al Aznar o al Zapatero de turno... ¡dependemos de una sola persona!

–Los problemas que sufrimos no pueden desligarse del mundo globalizado en el que vivimos. Una glo-

balización que parecería requerir una autoridad internacional capaz de embridarla, pero que no parece nada fácil de construir.

–El sistema es global, los problemas son globales, pero los medios son locales, siguen siendo nacionales. Ese es el problema y eso genera una clara tensión. Uno de los problemas más graves de la globalización es la falta de gobernanza, que no hay reglas, precisamente porque los mercados, y las grandes empresas, superan a los Estados y establecen sus propias pautas de comportamiento, y luego los gobiernos se encuentran con los efectos que han producido sus conductas. Esa situación es grave.

Los grandes Estados como Estados Unidos, China, la India, Suráfrica o Brasil, no aceptan reglas. El único que

tiene reglas es la UE. Y además las reglas que nos hemos dado nosotros. Y son reglas que se cumplen y que tienen que cumplir los demás si quieren vender y comprar en nuestro territorio. Con todas sus debilidades, la Unión Europea es el único instrumento político y normativo que hay en la globalización. El único.

–¿Qué papel internacional juega hoy España? Usted ha escrito que fue respetada con González, mantuvo a duras penas su capacidad de influencia con Aznar, y con Zapatero desaparecimos del mapamundi. ¿Y Rajoy?

–Estamos en el mismo lugar que en la época de Zapatero. No hemos avanzado en absoluto. Seguimos siendo un país perdido en el mapa. Espere-mos que puedan cambiar las cosas.



Castellana. La conversación se celebra en su casa de Madrid, adonde se desplazó para ocupar cátedra en la Complutense... G. VILLAMIL.

«El PP ha renunciado a la reforma general del Estado que España necesita. Lo que hace son reformitas»

–Suele decirse que las crisis son una excelente oportunidad para afrontar reformas y depurarse. ¿Estamos aprovechando la nuestra?

–Creo que no. Perdimos el tren en 2008 con Zapatero, porque no identificó la crisis, o la ocultó, y no quiso hacer las reformas necesarias. Si en 2008 se hubieran hecho reformas importantes en el sistema bancario, no estaríamos padeciendo tanto. Y el Gobierno de Rajoy ahora igual. Uno y otro han perdido grandes oportunidades. Es verdad que el de Rajoy solo lleva 17 meses, y le quedan dos años. Pero hubiera sido mejor que hubiera comenzado con reformas drásticas, revolucionarias. A veces un país necesita cambios im-

portantes, y ese es el caso de España. En unos casos, porque no se habían hecho en la Transición, y en otros, porque los cambios acordados entonces ya habían producido sus efectos y ahora estamos en otra etapa que requiere nuevas reformas. La Historia no terminó con la Transición. Después de aquello todavía hay que hacer muchas cosas.

–Y esto, ¿cómo lo arreglamos?

–Lo que hace falta es una reforma general del Estado. Y a esto es a lo que, por desgracia, ha renunciado el PP. Hace reformitas puntuales cada semana, pero no aborda cambios que vayan a las estructuras políticas, administrativas, económicas y sociales del país. Eso no lo ha tocado. No

ha hecho la reforma de la Administración local, provincial y autonómica; ni la del funcionamiento interno de la Administración, del funcionamiento; ni la de la Justicia... Además, la Constitución está agotada y necesita una gran reforma. No se trata de un 'lifting', sino de ir al fondo. Hay que abrir el melón ya.

Cualquier país razonable de nuestro entorno europeo modifica su Constitución cada seis o siete años. Y aquí es un tabú. La normalización política de España es cambiar la Constitución cuando haga falta. No estamos al servicio de la Constitución: es un instrumento jurídico al servicio del pueblo soberano español. Y la experiencia del siglo pasa-

do nos revela que el empeño en no tocar las constituciones provoca revueltas sociales y hace que terminen fracasando. Hay que adaptar la Constitución a la nueva realidad social del país.

–Usted propone una reforma en profundidad de las dos grandes leyes procesales (Ley de Enjuiciamiento Civil y Criminal) para agilizar los procesos judiciales. Y afirma que es una forma de luchar contra la crisis.

–Claro, porque la seguridad jurídica es vital, porque da fiabilidad y confianza al mercado. Es que ahora el sistema procesal español es muy injusto, porque es una farfolla. Supone un gasto enorme esta justicia

tan lenta, que tarda doce o quince años en resolver un asunto. O que no te llama como testigo hasta dos años después del suceso, cuando ya has olvidado lo que ha pasado. Corregir esto generaría riqueza. Igual que la reforma de la Administración. –Otro problema es la falta de sistemas de evaluación que permitan saber si el gasto es eficaz y qué debe corregirse. Por un lado, es ir a ciegas, y por otro, se alienta la arbitrariedad.

–Aunque últimamente se ha empezado a hacer valoraciones de los impactos de algunos proyectos normativos, en la mayoría de los casos las leyes nos brindan al sol. Casi lo único bueno que hizo Zapatero, que fue la Ley de Dependencia, se aprobó sin que supiéramos con fiabilidad lo que iba a costar. Nos tenemos que comprometer a lo que podamos hacer. Luego, cuando mejore la situación, cambiamos la ley para hacer otras cosas. Pero siempre lo que sea viable. Esto requiere estudios de impacto económicos, sociales, etcétera. Y apenas se hace.

Y luego también es importante hacer balance de las normas que aprobamos, para comprobar si funcionan adecuadamente. Muchas leyes están bien hechas, porque España no legisla mal, pero luego no se aplican. –Usted ha apuntado que el mal lugar que ocupan hoy las universidades españolas está relacionado con lo que denomina el 'fraude de la investigación en España'.

–El Estado, y a veces algunas empresas, están financiando proyectos ya publicados. Se está reinventando la aspirina todos los días. Pero es que, además, el sistema de acceso del profesorado es un paripé. No hay controles reales. Se trata de rellenar casillas, e ir aparentando que se tiene un currículo, en vez de trabajar en serio. Y luego ni se examina al profesor. Se están haciendo cátedráticos por correspondencia, que es lo que supone el sistema de la ANECA. Se les valora sin haberles escuchado una palabra. Y a veces, incluso, sin haberles leído siquiera, porque parece que la valoración más que la calidad tiene en cuenta la cantidad; se valora lo publicado al peso. El sistema es penoso.

«La Constitución está agotada y hace falta una reforma importante. Hay que abrir el melón ya»